

bajo vuestra proteccion, dijo al obispo, y velad por él atentamente. »

El obispo se encargó del jóven y le instruyó; pero demasiado confiado en su discípulo, no le vigiló con bastante severidad. La libertad fué muy funesta para él, pues seducido por dulces lisonjas, se disgustó del trabajo, dejándose arrastrar por perversas ilusiones y por los encantos de una peligrosa independencía. Ultimamente reunió á todos sus camaradas y metiéndose con ellos en la selva, se hizo capitán de bandoleros.

Cuando volvió san Juan á aquella tierra, lo primero que hizo fué preguntar por el que llamaba su hijo: « Murió, contestó el obispo bajando los ojos. — ¿Cuándo y cómo murió? volvió á preguntar san Juan. — Ha muerto para Dios, pues, no puedo decir sin llorar que se ha hecho bandolero. — ¿Dónde esta? — En la montaña. — ¡Es preciso que yo le vea! » exclama el apóstol partiendo al momento.

En cuanto llegó á la entrada del bosque, cayó Juan en manos de los bandidos, como lo deseaba: « Llevadme ante vuestro jefe, » les dijo. Lleváronle en efecto, y al verle, el jóven capitán se queda parado y vuelve la cara para no mirarle: « ¡No huyas, hijo mio, no huyas de tu padre! Te he prometido al Señor y debo responder de tí; si lo exiges, consiento en sacrificar mi vida por tí, pero no puedo abandonarte; he tenido confianza en tí, te debo á Dios y respondo de tí con mi alma. »

El mozo se arroja al cuello del apóstol derramando copiosas lágrimas y permanece mudo é inmóvil, sin dar mas respuesta que su llanto de amargura.

El apóstol abraza con ternura á su hijo sinceramente arrepentido; se lo lleva léjos de la montaña y de sus compañeros y purifica su corazón con dulces y santas palabras.

Desde entónces vivieron largos años íntimamente unidos, y el mozo se hizo digno de que el apóstol depositara en su corazón las expansiones de su alma.

Crímen y expiacion.

[1809.]

Entre Arezzo y Florencia, en medio de los Apeninos, se halla situada la célebre abadía de Vallombreuse rodeada de espesos bosques de negros abetos. Arriba de la abadía y á una grande altura hay una ermita desde la cual se descubre un inmenso paisaje que se extiende por un lado hasta el Mediterráneo y por el otro hasta el golfo Adriático.

En esta ermita habita un solitario que pasa allí todo el año haciendo ejercicios de la mas austera penitencia; tiene un jardinito, y una fuente que mana de la cumbre del peñasco le sirve para regar algunas legumbres y flores. Pero las nieves que no tardan en acumularse en las estrechas gargantas de los Apeninos, hacen impracticables todos los caminos de la abadía, y el pobre ermitaño permanece entónces muchos meses como sepultado en aquel retiro, sin la menor comunicacion con los vivos.

Caminando una noche dos viajeros por las montañas, se encontraron de súbito sorprendidos por una tempestad, y tuvieron que buscar asilo en la ermita. Uno de ellos era un



ARTS SPIN PRO

artista frances y el otro un italiano amigo suyo; llamaron apresuradamente y en seguida llegó el ermitaño á abrirles la puerta; encendió leña para que secaran sus vestidos y les ofreció una cena frugal que su hambre halló excelente.

El sitio era sombrío, alumbrado apénas por una clara-boya demasiado alta; la cabeza del ermitaño, iluminada solo por la llama del hogar, demostraba un carácter tan enérgico y pintoresco, que inspiró al artista el deseo de tomar un boceto.

No costó poco trabajo para que el solitario consintiese en dejar hacer su retrato; pero decidióse por fin y tomando su posicion acostumbrada, esto es, el cuerpo algo encorvado y las manos cruzadas con el rosario, manifestó entónces en su fisonomía la tranquilidad y recogimiento propios de un piadoso solitario. Mas habiendo recaído la conversacion sobre la guerra que en aquel tiempo desolaba el norte de Italia, levantó la cabeza, sus ojos se animaron y el compañero del artista frances reconoció en aquel semblante, que se encubria con el hábito del anacoreta, un hombre de elevada clase que, en un momento fatal, habia cometido un asesinato: á su vista no pudo contener una exclamacion de sorpresa.

« Veo que me habeis conocido, le dijo el ermitaño. En mí teneis un delincuente; si la justicia humana me ha perdonado, no por eso olvido mi delito. Afortunadamente, cuando el remordimiento iba á echarme en brazos de la desesperacion, la religion me abrió los suyos y me ha salvado. Repartí todos mis bienes en los establecimientos de beneficencia, y vine á sepultarme en este desierto, donde vivo de mi trabajo. Ofrezco á Dios mi arrepentimiento y confio en su misericordia infinita. »

EMULACION.

Aunque parece que hay alguna semejanza entre la envidia y la emulacion, hay tanta distancia entre ellas como la que media entre la virtud y el vicio. (LA BRUYÈRE.)

La emulacion es un sentimiento voluntario, valeroso, sincero, que fecunda el alma, haciendo que se aproveche de los grandes ejemplos, ensalzándola á veces por encima de lo que admira. (EL MISMO.)

Las alabanzas á que se hacen acreedoras las almas fuertes y elevadas, aumentan su vigor y su poder; se avergonzarian si no fueran fieles á su gloria y no la dieran mas lustre con acciones cada vez mas sublimes. (*Moralistas antiguos.*)

Emulacion apasionada.

Cuando se hallaba san Agustin¹ retirado en un campo con algunos amigos, instruía á dos jóvenes llamados Licente y Frigecio. Habia establecido pláticas regulares en las que les hacia hablar sobre diferentes asuntos; cada uno de ellos defendia sus ideas y contestaba á las objeciones, escribiendo ámbos todo lo que decian. Un dia se le escapó á Frigecio una respuesta que no era del todo conforme con la verdad, y que él deseaba no ver escrita. Licente, por su parte, instó con calor para que se escribiera, mediando entre ámbos contestaciones algo vivas.

San Agustin amonestó con severidad á Licente, cuyas mejillas se encendieron de rubor, pero Frigecio viendo la confusion y vergüenza de su competidor no pudo disimular su júbilo. Entristecido el santo al ver el secreto despecho del uno y la maligna alegría del otro, exclamó: « ¿Así es como os conducís? ¿Es ese el amor de la verdad y la virtud que hace un instante creia yo que poseiais y del que yo me gloriaba? ¡Ah! ¡Qué pena tan cruel me habeis causado! » Y al decir estas palabras se le arrasaron los ojos de lágrimas.

« Si creeis tenerme algun cariño, añadió, lo único que os pido es que seais buenos y continúeis siendo amigos. »

Enternecidos los discípulos, no pensaron sino en consolar á su maestro con su arrepentimiento presente y sus promesas sinceras para lo sucesivo.

Acaso habrá quien diga que la falta de ámbos jóvenes no merecia que el maestro se conmoviera de tal suerte,

1. Uno de los mas ilustres padres de la Iglesia, que fué obispo de Hipona, en Africa, ciudad conocida hoy con el nombre de Bona. Falleció en 430.

porque ordinariamente es lo que acontece en esos casos; y que el vituperar la vivacidad y el sentimiento es apagar el amor al estudio y embotar el aguijón tan necesario en esa edad.

Ne pensaba así san Agustín, cuyos conatos se encaminaban á contener la emulacion en sus justos límites é impedir que degenerara en orgullo; bien léjos estaba su ánimo de querer reemplazar estas disposiciones por otras no ménos religiosas, cuales son la pereza y la indolencia. « ¡Qué desconsuelo sería el mio, decia, si no pudiera corregir los vicios de mis discípulos sino con otros nuevos! »

La envidia y la noble emulacion.

[Siglo XVII.]

Un jóven llamado Guidotto, discípulo de una de las escuelas de pintura mas célebres de Italia, presentó un cuadro que obtuvo grande éxito. Los maestros le elogiaron y declararon unánimemente que si continuaba aquel jóven como habia empezado adquiriria gran reputacion. Dos de sus condiscípulos miraron el cuadro de modo bien distinto. Brunello, discípulo mas antiguo que Guidotto, y que ya tenia alguna fama, vió su amor propio ajado por la superioridad del jóven artista; le parecia que los elogios que obtenia su émulo, eran como una usurpacion á su talento, y desde entónces deseó que perdiera el renombre que acababa de adquirir.

No pensaba así Lorenzo, otro jóven de la misma escuela que llegó á ser uno de los admiradores mas sinceros de Guidotto, y que deseando con ansia llegar algun dia á la misma altura que él, le tomó por modelo y cifró toda su ambicion en seguir sus huellas, entrando con pasion en la via del progreso. Durante algun tiempo fué poco afortunado en sus tentativas, pero no por eso desmayaba. « ¡Qué léjos estoy aun de Guidotto! exclamaba; pero por fin tuvo la satisfaccion de notar que comenzaba á salir bien con su empeño, y habiendo sido muy aplaudido por una de sus

obras, dijo entónces entre sí : « ¿Por qué no podré yo algun dia ponerme al nivel del émulo á quien admiro y respeto? » Entretanto Guidotto continuaba con éxito sus trabajos y Brunello, que por algun tiempo le disputó la palma, abandonó la lucha y se contentó con exhalar los sarcasmos de la envidia y la exageracion de la crítica apasionada.

Era costumbre en aquella época que cada discípulo expusiera un cuadro cierto dia en el salon destinado al efecto, donde examinadores nombrados por personas peritas en la materia, concedian un premio á la obra que mereciera su aprobacion.

Con este objeto, habia preparado Guidotto un cuadro que excedia á todas sus obras anteriores y le concluyó la víspera de la exposicion; solo le faltaba dar algun realce á los colores por medio de un barniz transparente.

El envidioso Brunello tuvo suficiente destreza para verter en el frasco que contenia el barniz, algunas gotas de una composicion cáustica, cuyo efecto debia ser destruir completamente la frescura y brillo de la pintura. Guidotto dió á su cuadro una capa de este barniz por la noche, alumbrado por una bugía, y ántes de amanecer colocó su cuadro en el sitio que le estaba señalado. Latiéndole el corazon puso Lorenzo su obra en la exposicion, cuadro que habia concluido con sumo cuidado, esperando, á pesar de su modestia, que no seria inferior á los primeros trabajos de Guidotto.

Sonó por fin la hora tan deseada; llegan los jueces del concurso, ábrese el salon, descórrense las cortinas y los cuadros reciben la luz del modo mas favorable. La atencion del público se dirige desde luego hácia el de Guidotto, pero en lugar de la obra maestra que se esperaba, lo que se presenta á su vista es un lienzo deslucido y manchado; todos los espectadores decian á un tiempo : « ¡Cómo! ¿Es esta la obra del primer artista de esta escuela? » El desdichado Guidotto se acerca, y al ver la horrible transformacion que habia sufrido su obra favorita, exclama desesperado : « ¡Me han perdido! » El miserable Brunello se

gozaba en su dolor, pero Lorenzo, en cambio, participaba de él. « ¡Esto es un infamia! ¡Es un crimen! gritaba, esto no es el cuadro de Guidotto; yo le he visto y puedo asegurar que su colorido era tan perfecto como el dibujo. »

Todos los concurrentes participaron del dolor de Guidotto, pero no se pudo adjudicar el premio á un cuadro en semejante estado.

Examinados que fueron los demas, obtuvo la preferencia el de Lorenzo, que era artista poco conocido; pero al recibir éste el premio, se llegó á Guidotto y ofreciéndosele, le dijo : « Tomad lo que por vuestro mérito hubiérais obtenido si la envidia no hubiese trabajado vilmente contra vos; cifro mi gloria en seguir vuestros pasos, y si en lo sucesivo consigo igualaros, lo deberé á mis nobles esfuerzos, pero jamas á fraudes indignos. »

Tan noble proceder causó el mayor placer á los jueces y concurrentes, por lo que se decidió, á pesar de la resistencia de Guidotto, que éste conservara el premio que le cedia el jóven émulo, adjudicando á Lorenzo otro de igual valor.

ELECCION DE LAS PERSONAS CON QUIENES SE TRATA.

La compañía de los hombres de bien es un tesoro. (*Moralistas orientales.*)

El trato con las personas honradas es lo que mas predispone el alma á las ideas nobles, deshace las dudas y destierra las malas inclinaciones; sus palabras, su vista sola, tiene tal influjo, que penetran hasta el fondo y nos sirven de preceptos. (*Moralistas antiguos.*)

Los buenos ejemplos preparan las almas al bien; de ellos se exhala una emanacion saludable y vivificante; es un aire puro que nos da salud y fortaleza. (LEBRUN.)

Mas vale la soledad que la compañía de los malvados, ó como se dice vulgarmente, mas vale solo que mal acompañado (*Moralistas orientales.*)

Dime con quién andas y te diré quién eres. (*Adagio popular.*)

Las buenas compañías.

Saadi¹, poeta persa, demuestra en el siguiente apólogo el

1. Floreció en el siglo XIII.

benéfico influjo que tiene para el hombre el trato de personas honradas.

« Paseándome un dia, tomé una hoja medio seca que se encontraba á mis piés : despedia un olor agradable que aspiré con delicia : « Tú que exhalas perfume tan suave, le » dije, ¿eres rosa?

« — No, me respondió, no soy rosa; pero he vivido algun » tiempo con ellas y de ahí procede el perfume que ha lle- » gado hasta tí. »

Las malas compañías.

Un filósofo encontró á un jóven acompañado de otro camarada suyo conocido por sus vicios. Avergonzóse el primero de hallarse en tan mala compañía, y el rubor se mostró en sus mejillas. « ¡Valor, hijo mio! le dijo el sabio, me alegro de ver en tu rostro esa muestra de pudor; pero valdria mas que te acompañases con personas de quienes no vieras que avergonzarte ante la sociedad. »

Funestos efectos de las malas compañías sobre la juventud.

Santiago, niño de catorce años, tuvo la desgracia de perder á su padre, quien, si hubiera vivido, seguramente le habria impedido frecuentar malas compañías : su madre no podia vigilarle del mismo modo. Sin embargo, le habia prohibido expresamente que concurriera á una posada que estaba á la salida del lugar, y razon tenia en prohibírselo, porque aquel sitio estaba siempre lleno de muchachos perversos y criados viciosos.

Olvidando un dia la prohibicion de su madre, se acercó Santiago á la posada, y mirando al patio vió un zagal y un mozo de mulas, de poca mas edad que él, que jugaban con cuartos á cara y cruz.

A poco oyó que decia el zagal : « Cuando me puse á jugar no tenia mas que un cuarto y ya tengo ocho, » y al

mismo tiempo hacia sonar las monedas en el bolsillo de su chaqueta.

Acordóse Santiago de que tenia en el bolsillo un cuarto que su madre le habia dado, y le entró tentacion de ponerse á jugar con los otros jóvenes.

Iba á entrar en el patio, pero le detuvo el recuerdo de que su madre le habia prohibido ir á aquel sitio, así como jugar dinero.

Mas al fin la tentacion triunfó de su voluntad.

Entró, y dirijéndose al mozo de mulas, le preguntó si queria jugar con él, en lo que consintió el otro; despues de haber jugado por espacio de dos horas, Santiago habia ganado tres cuartos que gastó en cerezas, y se sentó en el banco de la posada para comérselas tranquilamente. En tanto que comia oyó al zagal y al mozo que hablaban entre sí; sus dichos groseros y sus malos modales le disgustaron y le infundian miedo, pues todavía no estaba pervertido.

Pero poco á poco, acostumbrándose á su lenguaje y á sus maneras, concluyó por imitarlos.

Casi todos los dias, en vez de ir á la escuela, se iba al patio de la posada donde pasaba horas enteras; ya no le asustaba el vicio, y se acostumbró á jugar, á mentir y á jurar como los otros. Por la noche decia á su madre que venia de la escuela, y al dia siguiente decia á su maestro que habia estado ayudando á su madre en sus faenas. Para colmo de desgracia, trabó íntima amistad con el mozo del pueblo.

A fuerza de jugar con él, habia llegado Santiago á deberle tres pesetas, que para él eran una suma considerable. El mozo le pedia el dinero con el objeto de ir al otro dia á una fiesta que habia en una aldea próxima, donde esperaba divertirse y queria llevarse consigo á Santiago; mas para ello necesitaba dinero y éste no tenia.

Santiago le dijo que pediria prestada esta cantidad á uno de sus camaradas llamado Enrique, que era un modelo de prudencia y buena conducta, á quien por trabajar todos

los jueves en una fábrica, sus padres le dejaban el dinero que ganaba así, y que él iba guardando para comprar vestidos á su hermana el dia que hiciera su primera comunión.

Pidió, pues, Santiago las tres pesetas á Enrique, quien no quiso prestárselas, conociendo que era para malgastarlas.

Cabizbajo y entristecido volvió Santiago á contárselo al mozo de mulas, quien montando en cólera le dijo: « Es preciso que me pagues; si Enrique no quiere prestarte las tres pesetas, tómalas sin que él lo sepa, pues tú debes saber dónde guarda su dinero. Toma las tres monedas y pasado mañana las volverás á poner en el mismo sitio, porque mañana jugaremos en la feria y estoy seguro de que ganaremos. »

Esta proposicion causó espanto á Santiago, quien contestó: « Sí, yo sé que Enrique guarda su dinero en un tiesto medio roto, en un rincon de la cuadra donde duerme, cerca de una vaca que es de su madre; pero lo que me propones es horrible y no lo haré. »

Burlóse el mozo de sus palabras y ridiculizó sus escrúpulos de tal modo que el desdichado Santiago cayó al fin en el lazo, y se concertaron para efectuar juntos aquella misma noche su odioso atentado.

Así es como las malas compañías pueden conducir á toda clase de crímenes.

A eso de media noche oyó Santiago que llamaban á su ventana con precaucion; era la señal convenida. La idea de la accion que iba á cometer le hizo temblar. Se quedó inmóvil, cubrióse la cabeza con las sábanas, hasta que oyó el segundo golpe. Entónces se levanta, se viste, y abre la ventana que estaba casi al nivel de la calle. « ¿Estás listo? » le dijo el mozo con voz sorda. Santiago no contestó, pero saliendo por la ventana, siguió á su desalmado compañero.

Llegan á la puerta de la cuadra; negras nubes oscurecian la luna en aquel instante, sumiéndoles en espesas tinieblas. « ¿En dónde estamos? » decia Santiago, que

trataba de afirmar su paso vacilante apoyándose en la pared, « ¿en dónde estás? habla. »

Al decir esto, alargó la mano y el perverso muchacho la agarró. « ¿Es en efecto tu mano? » dijo á Santiago, « está fria como mármol. »

— Vámonos, respondió Santiago, todavía es tiempo.

— Nó, contestó el otro abriendo la puerta; estás ya muy adelantado para retroceder; » y al mismo tiempo empujó hácia la cuadra á Santiago que temblaba de piés á cabeza, y aunque sabia dónde estaba el tiesto, no podia dar con él. Temia sobre todo que despertara Enrique; creia oír á cada momento pasos y voces, y se le helaba la sangre en las venas; por último halló el tiesto y lo llevó á la puerta con todo el dinero que en él habia.

En aquel mismo instante, se desvaneció la nube que tapaba la luna y apareció con todo su brillo el astro de la noche.

« Escapemos cuanto ántes, » dijo el mozo de cuadra arrebataando el tiesto de las trémulas manos de Santiago. « ¡Santos cielos! exclamó éste, ¿quieres acaso apropiártelo todo? ¿No me has dicho que no querias tomar mas que tres pesetas para devolverlas pasado mañana sin falta? » — ¡Calla! » replicó el otro; y andando siempre sin hacer caso de su camarada, añadió: « si he de ir á una casa de castigo, no quiero que sea por solas tres pesetas. »

A estas razones se le heló á Santiago toda la sangre y se le erizaron los cabellos. Ni una palabra mas se dijeron. Santiago se metió en su cuarto, miéntras que su cómplice se llevaba el dinero. El imprudente muchacho sufrió cruelmente todo el resto de la noche; cada vez que procuraba dormir, se agolpaban á su imaginacion mil cavilaciones y el menor ruido le hacia estremecer; osaba apenas respirar y pensaba que no llegaria nunca el dia; pero cuando amaneció y empezaron á cantar los pájaros, sintióse aun mas desgraciado.

Era un domingo y la campana tocaba á misa. Todos los muchachos del pueblo, con sus vestidos de los dias de

fiesta, llegaban en tropel á la puerta de la iglesia, con la inocente alegría propia de su edad, y Enrique, el mas juicioso de todos, era tambien el mas alegre. No sospechaba el hurto que le habian hecho, porque en cuanto se levantó solo pensó en rogar á Dios, no en ir á visitar su dinero.

En medio de todos aquellos niños tan alegres, solo Santiago estaba triste y taciturno. Enrique se le acercó sonriéndose, y al verle Santiago se puso pálido como la muerte, alejándose, velozmente de su lado para evitar sus miradas.

La idea de su crimen le atormentaba y se figuraba que cada cual podia leerlo en su semblante: le parecia que todos los que pasaban junto á él le miraban diciéndole: « Ese es un ladron. »

A veces queria volver al lado de Enrique y confesarle su crimen, pero la vergüenza le arredraba.

Al salir de misa se fué á la posada y encerróse allí por un instante con su cómplice, que en vano se esforzó en desvanecer sus terrores. Repartieronse, sin embargo, el dinero, metióse cada uno la mitad en el bolsillo y partieron juntos á la fiesta del pueblo vecino.

Entretanto Enrique, despues de haber oido misa fué á visitar su modesto caudal, y cuando vió que se lo habian hurtado se echó á llorar amargamente. A sus gritos y sollozos acuden sus padres, y Enrique, abrazándoles, les dice: « ¡Qué desgraciado soy! Me han quitado todo el dinero que habia ahorrado para mi hermana. ¡Estaba tan contento de ver que lo habia ganado con mi trabajo!... ¡Esperaba daros este gusto, así como á ella!... »

Todas las personas que salian de la iglesia, se pararon delante de la casa de Enrique y todo el mundo participaba de su dolor. Preguntáronle de cuánto se componia su tesorillo, y él respondió: « ¡Ay! Consistia en unas piezas de á cincuenta céntimos y de varias pesetas que me daban todos los jueves en la fábrica. A medida que las recibia, me entretenia en grabar en ellas un número con la punta de mi navaja. La primera que recibí lleva el número 1 y así